

**Homenaje al Dr. Emilio Komar, 20 de abril de 2006, organizado por el
Centro de Estudiantes de Filosofía de la U.C.A.**

Palabras de la Licenciada Carolina Riva Posse



Estuve pensando mucho tiempo qué decir en una ocasión como ésta, sobre todo teniendo que hablar después del Dr. Velasco Suárez y de la Profesora Mosto, que lo conocieron a Komar muchísimo más que yo y que pudieron recorrer un camino largo con él, logrando ver las cosas que él vio y sabiendo transmitir las.

En lo que empecé a pensar es en qué era lo que me impactaba de Komar, las primeras veces que lo escuché, y que me hizo seguir la carrera de Filosofía y seguir buscando las ocasiones de escucharlo a él y a sus discípulos, o a las personas que también hablaban de la realidad de una manera tan apasionante.

El primer curso de Komar al que asistí fue sobre “Los fundamentos filosóficos del cuestionamiento de la Divinidad de Jesucristo”. Yo estaba en tercer año de colegio secundario y el tema en sí no me despertaba ningún especial interrogante. Era un tema histórico y bastante alejado de mis cuestionamientos. Además, obviamente no entendía mucho. Komar citaba autores desconocidos, frases en latín, en alemán, en griego. Desplegaba una erudición apabullante. Había leído todas o casi todas las publicaciones serias y relevantes sobre el tema, subrayando en la clase lo esencial. Pero igualmente era demasiado difícil para mí. Y sin embargo, con pocos ejemplos muy sencillos, pero claros, me hacía ver algunos puntos del tema que trataba. Ahora sinceramente no recuerdo ejemplos que haya dado en ese curso en particular, pero recuerdo ejemplos casi banales, cotidianos, de los años que lo escuché, que reflejan esa cortesía que Komar tenía con su auditorio de hacer inteligible alguna realidad a los que no entendíamos mucho del tema.

Explicaba, por ejemplo, que con la duda es imposible vivir. Si uno sale de su casa y en el camino le invade la duda de si apagó el gas o no, puede aquietarla

unos minutos y tomarse el tren, pero a la larga la tortura de estar en la incertidumbre va a hacernos volver a casa para verificar que el gas esté apagado. La curiosidad natural de los chicos, que pueden entretenerse durante largo tiempo mirando una hormiga, curiosidad que después se acaba en los colegios, donde planchan las almas de los alumnos. Esta cortesía que tenía con sus ejemplos manifestaba su gran capacidad de observación, que siempre me impactó, y su hondura en el conocimiento, del que nos participaba en algún punto. Eran tan reales los ejemplos, que la filosofía, que a veces puede terminar siendo palabrerío, en Komar mordía lo real.

Siempre me impresionó esa capacidad suya de hablar a distintos auditorios y poder decir algo significativo a gente de tan distintas edades, de tan distintas profesiones e intereses. Las cosas que decía eran “tal cual”, podía interpretar situaciones de la vida y realidades aplicables a todos, pero dichas con una precisión y una gracia, un buen humor, que no es común. Se lo veía tan apasionado por la realidad, por vivir a fondo lo real, que tenía un magnetismo especial en los jóvenes.

Yo decidí estudiar filosofía porque quería disfrutar de la vida como Komar la disfrutaba. Todo lo hacía nuevo, hacía nuevas todas las cosas para nuestra mirada. Su forma de ver lo real revelaba una densidad ontológica impresionante en cada cosa. Se salía de la clase más lúcido, más atento a las cosas, más capaz de percibir la belleza de un árbol florido, de una cara (por ejemplo, de la cara “perruna” de una persona). Se podía enfrentar con más entusiasmo la propia tarea, lo que tocaba hacer en ese día, porque la filosofía era sabrosa, y la vida se volvía sabrosa.

Cuando Komar se reía, se reía profundamente, y tenía una risa contagiosa. Cuando se entristecía, su tristeza se le veía por todas partes; cuando se enojaba, se enojaba de verdad, golpeaba la mesa y gritaba enfurecido. No tenía dobleces, no disimulaba, y se comprometía a fondo con las cosas. Se “casaba” con las cosas, o sea, se ponía en juego con todo su ser y no se quedaba en la superficie. Así, también sufría más la confusión y los errores de la filosofía, por ejemplo. Se daba cuenta del alcance y de la gravedad de esa confusión de la filosofía hoy. Yo no veía tanto dramatismo, y sin embargo después pude ver mejor las razones de sus preocupaciones. Se dolía de los problemas filosóficos, y con el tiempo se vio cómo predijo muchos de los conflictos filosóficos que vemos en nuestro tiempo. Para él la confusión no era algo de lo que se puede hablar a la ligera. Hoy muchos dicen “sí, está un poco confundido”, negligentemente, y Komar nos recordaba que en la antigüedad la confusión era un nombre del infierno. Siempre se tomaba bien en serio las cosas.

Su búsqueda era búsqueda de la claridad, y su rigor era el de la fidelidad a lo real, a la verdad. Y la fidelidad que él tenía a esta búsqueda era, a mi parecer, lo que nos impresionaba. La lucha por conquistar la propia humanidad. Él transmitía este horizonte de plenitud humana para todo hombre, y entusiasmaba mostrando una búsqueda sabrosa.

Hace poco escuché una conferencia de Luigi Giussani con el que Komar se encontró en su viaje a Europa, que decía que los jóvenes buscan una coherencia ideal en sus educadores. Buscan que la propuesta que se les hace respete una lógica y una unidad intelectual. Y que la realización de esta

propuesta sea un deseo que no decaiga en el corazón del educador, aunque obviamente tenga dificultades como todos los hombres de alcanzar esa plenitud.

En Komar ví una persona que no abandonaba esa búsqueda de lo verdadero y que continuamente tendía hacia eso. También creo que por eso no me pareció nunca que envejecía en lo profundo. Porque este responder a lo que el corazón humano más plenamente desea, rejuvenece, no es nunca arcaico. Para una persona joven ver a alguien así, cuando está acostumbrado a ver gente cansada de la vida y aburrída, es evidencia de que no se alimenta de lo mismo, que bebe de otra fuente.

Después de mis primeros cursos cortos asistí en quinto año al curso que Komar daba en el Instituto de Cultura Religiosa de Rodríguez Peña, los miércoles a las cinco de la tarde. El curso duraba todo el año, y asistía mayormente gente grande, aunque siempre son algunos jóvenes. El título del curso era "El otro no existe". Recorría el problema de la desaparición de la vida personal, de la falta de vida interior, de la incomunicación. Trataba temas de la posmodernidad. Entonces nos hacía leer a Baudrillard, Lipovetsky, Vattimo, que han revelado que la masa no es sociedad. Komar nos explicaba que siendo nihilistas estos autores podían poner de manifiesto algunas verdades. Su espíritu abierto, fiel a la verdad, sabía abrir un diálogo fundado en verdaderas razones. Insistía en que siempre puede sacarse alguna pepita de oro del estiércol.

"Estudiar, estudiar, estudiar", nos exhortaba. Se consagraba por entero a lo que tenía delante, iba a las fuentes, conocía los idiomas originales, estudiaba historia, geografía, con una pasión por rescatar en las miradas de las distintas culturas y expresiones la realidad tan insondable y siempre tan interesante. Y nunca era un saber libresco, como de los eruditos que pareciera que licuan los libros y les corre sangre libresca por las venas. Porque siempre nos enseñaba que en filosofía no interesa "lo que pensaron los hombres, sino cómo está la verdad de las cosas" (non quid homines senserint, sed qualiter se habeat veritas rerum). Entonces siempre su rigor académico y su impresionante erudición apuntaban a morder lo real, a hacernos ver y saborear las cosas como realmente son. A ejercitar esa capacidad de juzgar que es propia de la vida interior, y de la libertad que brota de la adhesión a la verdad.

Con todo este gran bagaje académico y cultural, se proponía echar luz para los problemas que nos toca enfrentar, para saber discernir, y no plegarse al *Weltlauf*, al curso del mundo. Hoy no hay claridad, decía. En filosofía hay mucha erudición, hay filósofos que desorientan, y se necesita claridad.

Streben nach letzter Klarheit, anhelo hacia la última claridad, repetía Komar. La frase de Hans Cornelius que citaba para explicar lo que es la filosofía, es lo que responde a nuestro desafío hoy. Claridad contra la confusión, y anhelo de lo último, de lo más importante, de lo más esencial, no de lo chato y sin fondo. Muchas filosofías hoy fomentan este "nihilismo gayo" del que hablaba Del Noce, que sin inquietud propone la falta de sentido y un ateísmo tranquilo, porque se ha eliminado el pecado. Entonces hay una profilaxis mental destinada a eliminar los problemas de la tradición, que es olvidada, y se educa

en la chatura, defendiéndose en contra de la profundidad, de este anhelo de la última claridad posible.

Ya terminando, quería decirles a los estudiantes de filosofía, que son los que me invitaron a hablar acá, que a mi manera de ver Komar es una cabal demostración de estas palabras del Cardenal Newman: “*Se nos propone a la consideración si la influencia de la Verdad en el mundo, en general, no brota de la influencia personal, directa e indirecta, de aquellos que tienen el encargo de enseñarla. Yo respondo que **en el mundo la ha sostenido, no un sistema de libros ni los argumentos, ni el poder temporal, sino la influencia personal de tales hombres, que son al mismo tiempo maestros y modelos***” (La fe y la razón, *Sermones Universitarios*, Encuentro, Madrid, 1993, p.145-146).